

Alicia en el país de las maravillas

Lewis Carroll

Editorial  Creación

Si este libro le ha gustado y desea que le informemos periódicamente de nuestras novedades, escríbanos y atenderemos su petición gustosamente.

Juvenil, Infantil, Cuentos, Clásicos

Colección: Cuentos Universales

Autor: Lewis Carroll

Traducción: Jesús García-Consuegra

Ilustraciones: John Tenniel

© De la traducción: Jesús García-Consuegra

© De la presente edición:

Editorial Creación

Jaime Marquet, 9

28200 - San Lorenzo de El Escorial

(Madrid)

Tel.: 91 890 47 33

Email: oficina@editorialcreacion.com

www.editorialcreacion.com

Diseño de portada: Mejiel

Primera edición: Marzo de 2010

ISBN: 978-84-95919-51-9

Depósito Legal:

Printed in Spain

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
EPÍGRAFE.....	13
CAPÍTULO I.....	17
<i>Bajo la madriguera del Conejo</i>	
CAPÍTULO II.....	27
<i>El mar de lágrimas</i>	
CAPÍTULO III.....	37
<i>Una carrera electoral y una larga historia</i>	
CAPÍTULO IV.....	47
<i>La habitación del Conejo Blanco</i>	
CAPÍTULO V.....	61
<i>Los consejos de una Oruga</i>	
CAPÍTULO VI.....	73
<i>Cerdo y pimienta</i>	
CAPÍTULO VII.....	87
<i>Una merienda de locos</i>	
CAPÍTULO VIII.....	99
<i>El partido de croquet de la Reina</i>	
CAPÍTULO IX.....	111
<i>La historia de la Falsa Tortuga</i>	
CAPÍTULO X.....	123
<i>El baile de la Langosta.</i>	
CAPÍTULO XI.....	135
<i>¿Quién robó las tartas?</i>	
CAPÍTULO XII.....	145
<i>La declaración de Alicia</i>	



LEWIS CARROL

Lewis Carroll, seudónimo de Charles Luitwidge Dodgson, nació en Daresbury, Cheshire, (Inglaterra) el 27 de Enero de 1832 y murió en Guildford, Surrey, (Inglaterra) el 14 de enero de 1898.

Charles fue el tercero y primer hijo varón de un total de 11 hermanos (siete chicas y cuatro chicos). Al cumplir los 11 años, nombraron a su padre párroco de Croft-on-Tees, en North Yorkshire, y tuvieron que trasladarse allí, donde vivirían 25 años.

A los 18 años ingresó en la Universidad de Oxford, donde permaneció alrededor de 50 años y en la que obtuvo el grado de bachiller y se recibió de receptor. En dicha Universidad enseñó Matemáticas a tres generaciones de estudiantes. Pero nada más trasladarse a Oxford, a los dos días, tuvo que volver, pues su madre murió, al parecer de «inflamación de cerebro» (seguramente meningitis), a la edad de 47 años.

Sus cuentos vieron la luz con el seudónimo de Lewis Carroll. Esto podría tal vez obedecer a su extraordinaria timidez ante la gente, principalmente ante los adultos. No tuvo muchos amigos entre ellos, pero sí entre los niños, especialmente entre las niñas pequeñas; los comprendía muy bien y jugaba a menudo con ellos. También le gustaba inventarse cuentos e historias y contárselos. Muchos de esos cuentos verían más tarde la luz en letra impresa.

Aunque Charles (Lexis Carroll) fue sacerdote anglicano, lógico, matemático, fotógrafo y escritor británico, fue conocido, sin embargo, principalmente, por su obra *Alicia en el país de las maravillas*.

INTRODUCCIÓN

Alicia en el país de las maravillas fue un cuento dirigido en principio a los niños, pero algunos libros van más allá y traspasan esa barrera para convertirse en historias universales para todas las edades. Éste es uno de ellos. Aunque Carroll lo compuso para los más pequeños, concretamente para Alicia Liddel, la hija de un amigo suyo. Ella misma, unos años más tarde, relata cómo esos cuentos, concretamente el de *Alicia*, que sería universalmente conocido, y del que han disfrutado millones de niños de todo el mundo, le fueron contados por el autor a ella y a sus hermanas:

«Muchos de los cuentos del Sr. Dodgson nos fueron referidos en nuestras excursiones por el río, cerca de Oxford. Creo que el comienzo de *Alicia* nos fue relatado una tarde de verano en la que el sol era tan fuerte, que habíamos desembarcado en unas praderas situadas río abajo y habíamos dejado la barca para refugiarnos a la sombra de un almiar que acababa de formarse. Allí, las tres repetimos nuestra vieja solicitud:

—Cuéntanos una historia.

»Y así comenzó su relato, siempre delicioso. Algunas veces, para mortificarnos, o porque realmente estaba cansado, el Sr. Dodgson se detenía de repente y decía:

—Esto es todo, hasta la próxima vez.

—¡Pero ya es la próxima vez! —exclamábamos las tres al mismo tiempo.

»Y después de varias tentativas para persuadirlo, la narración se reanudaba nuevamente».

Alicia se publicó en 1864, y fue ilustrada por el famoso dibujante inglés John Tenniel. Muchos otros artistas han ilustrado posteriormente el cuento, pero los magníficos dibujos de Tenniel, que reproducimos en esta obra, siguen siendo los preferidos.

Desde que Carroll concibió la historia hasta nuestros días se han hecho muchas versiones y adaptaciones cinematográficas, pero en el texto original es donde podemos apreciar la obra en todo su esplendor.

El cuento comienza cuando Alicia, sentada en un árbol, al lado de su hermana mayor, se aburre, pues no consigue entender por qué el libro no tenía ilustraciones ni diálogos. De repente, pasa por allí un conejo blanco, vestido con una chaqueta y un chaleco, mirando constantemente un reloj de bolsillo y murmurando que llega tarde. A Alicia le entra la curiosidad y le sigue hasta introducirse detrás de él en su madriguera. A partir de aquí se acaba el aburrimiento para la niña, que se ve envuelta en un montón de aventuras, aparentemente sin sentido, un mundo semejante al mundo de los sueños, en el cual incluso las cosas más disparatadas y absurdas parecen tan normales.

Pero Carroll no hablaba de cosas sin sentido, sino de símbolos, al igual que ocurre con los sueños. Este salir de Alicia del aburrimiento para adentrarse en un mundo más divertido refleja la monotonía de la sociedad victoriana. Toda la obra constituye, principalmente, un canto a la libertad y una crítica a la Inglaterra de mediados del siglo XIX. Aunque también contiene un lenguaje mágico que ha hecho que los niños la reciban como una de sus historias preferidas, pues entienden perfectamente a Alicia cuando se va en busca de aventuras nuevas y el conflicto que se le plantea entre el lenguaje propio del niño y la lógica del mundo adulto.

Un libro hermoso, lleno de ritmo, que sigue siendo tema de actualidad, al igual que el innato deseo del ser humano de encontrar un mundo mejor y fantástico que nos saque del aburrimiento y la monotonía. *Alicia en el país de las maravillas* lo consigue con todo aquel que se adentra en su lectura, pues si te atreves a leerlo, cualquiera que sea tu edad, te llevará a un mundo de fantasía, cautivándote de tal forma que hará que no abandones su lectura hasta el final, pues vivirás con ella un montón de aventuras sorprendentes con unos personajes increíbles y divertidos.



Alicia Liddell (La verdadera Alicia) disfrazada de mendiga.
Foto tomada por Lewis Carroll en 1858.



Las hermanas Liddell: Lorine (a la izquierda), Alicia (en el centro), y Edith (a la derecha). *Por Lewis Carroll.*



Alicia Liddell.

*En esta foto posa para la
fotografía
Julia Margaret Cameron en
1872.*

Alicia en el país de las maravillas



*UNIDADES DE MEDIDA
QUE SE UTILIZAN EN EL LIBRO:*

Pulgadas: cada pulgada equivale a 2,54 cm

Pie: cada pie equivale a 30,48 cm

Milla: cada milla equivale a 160,900 cm

En la tarde dorada
lentamente nos deslizamos por el agua,
pues, con poca habilidad, son empujados los remos
por unos pequeños brazos infantiles,
que intentan en vano, con sus manitas,
ser nuestros guías en el viaje.

Ah, las tres son crueles, En tal hora,
bajo tal clima de ensueño
ellas me pedían un cuento
cuando apenas tenía aliento
para mover una pluma.
Mas qué podía una voz tan pobre
contra las tres lenguas juntas.

Prima, imperiosa, lanza
su decreto: «comiéndalo enseguida».
En tono más amable, Secunda propone:
«Que en el cuento haya muchas cosas sin sentido».
Mientras que Tertia interrumpe la historia
no *más* de una vez por minuto.

Hecho por fin el silencio,
persiguen con la imaginación
a la niña del sueño, en movimiento
por un nuevo mundo,
a través de una tierra de maravillas,
en charla amigable con aves y bestias.
Y casi creen que es cierto.

Y siempre que el narrador,
seca ya la fuente de la inspiración,
quería posponer el relato y decía:
«Seguiré contando el resto la próxima vez».
Las voces alegremente decían:
«¡Ya *es* la próxima vez!».

Así fue surgiendo la historia de El País de las
[Maravillas:
lentamente, una a una,
sus aventuras se forjaron.
Y ahora que el cuento se ha terminado,
también el timón de la barca nos lleva al hogar
bajo un sol de poniente.

¡Alicia!, acepta esta historia infantil.
Y, con una mano amable,
colócala donde los sueños de la infancia se entrelazan,
en la franja mística de la memoria
como un ramo de flores marchitas
cortadas por un peregrino en una tierra lejana ¹.

¹ En este poema, Carroll recuerda una tarde de verano de 1862, cuando llevó a las hermanas Liddell a pasear en barca remando por el Tamesis.

«Prima» es, sin duda, la mayor de las hermanas Liddell, Lorina, que tenía en aquel entonces trece años de edad. «Secunda» es la misma Alicia, a la edad de diez años, y la más joven, Edith, es «Tertia». (*Nota del T.*)





CAPÍTULO I

Bajo la madriguera del Conejo

Alicia estaba empezando a cansarse de estar sentada al lado su hermana en la orilla del río, sin tener nada que hacer: había echado un par de ojeadas al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía dibujos ni diálogos. «¿Y cuál es la utilidad de un libro sin dibujos ni diálogos?», se preguntaba Alicia.

Por lo tanto, estaba pensando (tan bien como podía, porque el calor del día la había hecho sentirse soñolienta y

atontada) si el placer de tejer una guirnalda de margaritas valdría la pena para levantarse y coger las margaritas, cuando de repente un Conejo Blanco de ojos color de rosa pasó corriendo cerca de ella.

No había nada extraordinario en eso; ni tampoco le pareció a Alicia muy extraño oír que el conejo se decía a sí mismo: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Llegaré tarde!» (Cuando pensó en ello después, reparó en lo mucho que tendría que haberle sorprendido, pero en aquel momento le pareció bastante natural). Pero cuando, de hecho, el Conejo *sacó un reloj de bolsillo del chaleco*, lo miró y echó a correr, Alicia se levantó de un salto, porque comprendió de golpe que ella nunca había visto un conejo con chaleco, ni con un reloj para sacarse de él, y, ardiendo de curiosidad, se puso a correr detrás de el Conejo por la pradera, y afortunadamente llegó justo a tiempo para ver cómo se precipitaba en una madriguera que se abría bajo el seto.

Un momento después, Alicia se metía también en la madriguera, sin considerar un momento cómo se las arreglaría después para salir.

La madriguera del conejo se extendía en línea recta como un túnel, y después torcía repentinamente hacia abajo, tan bruscamente que Alicia no tuvo un momento para pensar en detenerse y se encontró cayendo por lo que parecía un pozo muy profundo.

O el pozo era muy profundo, o ella caía muy despacio, porque Alicia, mientras descendía, tuvo tiempo de sobra para mirar a su alrededor y para preguntarse qué iba a suceder después. Primero, intentó mirar hacia abajo y ver a dónde iría a parar, pero estaba todo demasiado oscuro para ver algo. Después miró hacia las paredes del pozo y observó que es-

taban cubiertas de armarios y estanterías para libros; aquí y allí vio mapas y cuadros colgados en clavos. Cogió un jarro de las estanterías. Llevaba una etiqueta que decía: «Mermelada de Naranja», pero vio, con gran decepción, que estaba vacío. No le pareció bien tirarlo, por miedo a matar a alguien, y se las arregló para dejarlo en otro de los estantes mientras continuaba descendiendo.

«¡Vaya!, —pensó Alicia—. ¡Después de una caída como ésta, me parecerá algo insignificante rodar por las escaleras! ¡En casa pensarán todos que soy valiente! ¡Ni siquiera diría nada, aunque me cayera del tejado!» —Lo cual era probablemente verdad.

—Abajo, abajo, abajo. ¿No llegaría nunca el final? Me gustaría saber cuántas millas he descendido hasta ahora —dijo en voz alta—. Tengo que estar en algún lugar cerca del centro de la Tierra. Veamos: creo que está a cuatro mil millas de profundidad...

Como veis, Alicia había aprendido algunas de estas cosas en las clases de la escuela, y aunque no era un momento muy oportuno para presumir de sus conocimientos, ya que no había nadie allí para escucharla, le pareció que repetirle le servía de repaso.

—Sí, está debe de ser la distancia adecuada... pero entonces me pregunto a qué latitud o longitud habré llegado.

Alicia no tenía ni idea de lo que era la latitud, ni tampoco la longitud, pero pensó que eran unas bonitas e impresionantes palabras para decirlas.

Enseguida volvió a empezar.

—¡A lo mejor caigo *a través* la Tierra! ¡Qué divertido sería salir entre esta gente que anda cabeza abajo! Los antipáticos, creo... (Ahora Alicia se alegró de que no hubiera

nadie escuchando, porque esta palabra no le sonaba del todo bien.); pero tendré que preguntarles como se llama el país. Por favor, señora, ¿estamos en Nueva Zelanda o en Australia?

Y mientras hablaba, ensayó una reverencia. ¡Reverencias mientras caes por el aire! ¿Crees que esto es posible?

—¡Pensarán que soy una niña muy ignorante por preguntar! No, mejor será no preguntar nada. Quizá lo vea escrito en alguna parte.

Abajo, abajo, abajo. No había otra cosa que hacer y Alicia empezó enseguida a hablar otra vez.

—¡Creo que Dina me echará mucho de menos esta noche! (Dina era la gata.) Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora del té. ¡Dina, querida, me gustaría tenerte conmigo aquí abajo! En el aire me temo que no hay ratones, pero podrías cazar algún murciélago, y se parecen mucho a los ratones, ¿sabes? Pero, ¿comerán murciélagos los gatos?, me pregunto.

Y, aquí, Alicia empezó a sentirse medio dormida y siguió diciéndose en el sueño: «¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los gatos?». Y algunas veces: «¿Comen gatos los murciélagos?». Porque, como no sabía contestar a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cual de las dos se formulara. Se estaba durmiendo de veras y empezaba a soñar que paseaba de la mano con Dina y que le preguntaba con mucha ansiedad: «Ahora Dina, dime la verdad, ¿te has comido alguna vez un murciélago?», cuando de pronto, ¡cataplum!, se precipitó sobre un montón de ramas y hojas secas, y la caída había terminado.

Alicia no sufrió el menor daño, y, en un instante, se levantó de un salto. Miró hacia arriba, pero todo estaba os-

curo; ante ella se abría otro largo pasadizo, y pudo ver dentro de él al Conejo Blanco, alejándose a toda prisa. No había ni un momento que perder, y Alicia, sin vacilar, echó a correr como el viento, y llegó justo a tiempo para oírle decir, mientras doblaba una esquina:

—¡Oh mis orejas y bigotes, qué tarde se está haciendo!

Iba detrás de él, casi a su altura, pero, cuando dobló a su vez la esquina, no vio al Conejo por ninguna parte. Se encontró en un amplio y bajo corredor, que estaba iluminado por una fila de lámparas que colgaban del techo.

Había puertas alrededor de todo el vestíbulo, pero todas estaban cerradas con llave, y cuando Alicia hubo dado la vuelta, bajando por un lado y subiendo por el otro, probando puerta a puerta, se dirigió tristemente al centro de la habitación, y se preguntó cómo se las arreglaría para salir de allí.

De repente, se encontró ante una mesita pequeña de tres patas, toda de cristal macizo. No había nada sobre ella, excepto una diminuta llave de oro, y lo primero que pensó Alicia fue que debía pertenecer a una de las puertas del vestíbulo. Pero, ¡jay!, o las cerraduras eran demasiado grandes, o la llave era demasiado pequeña, el caso es que no pudo abrir ninguna puerta. Sin embargo, al dar la vuelta por segunda vez, vio una cortinilla en la que antes no había reparado, y detrás de ella había una puerta pequeña de unas quince pulgadas de altura. Probó a introducir la llave de oro en la cerradura y comprobó complacida que ajustaba bien.

Alicia abrió la puerta y se encontró con que daba a un estrecho pasadizo, no más ancho que una ratonera. Se arrojó y, al otro lado del pasadizo, vio el jardín más maravilloso que nunca os habéis imaginado. ¡Cómo anhelaba salir de aquel pasillo tan oscuro y pasear entre aquellos macizos

de flores multicolores y aquellas frescas fuentes! Pero ni siquiera podía pasar la cabeza por la abertura. «Y aunque pudiera pasar la cabeza», pensó la pobre Alicia, «iba a servirme de poco sin los hombros.



¡Cómo deseo

poder encogerme como un telescopio! Creo que podría hacerlo, si supiera por dónde empezar». Y es que, como veis, a Alicia le habían pasado tantas cosas extraordinarias aquel día, que había empezado a pensar que casi nada era en realidad imposible.

De nada servía quedarse esperando junto a la puerta pequeña; por lo tanto, volvió a la mesa, casi con la esperanza de encontrar encima de ella otra llave, o, en todo caso, un libro de instrucciones para encoger a la gente como si fueran telescopios. Esta vez encontró en la mesa una botella pequeña («que ciertamente no estaba antes aquí», dijo Alicia), y alrededor del cuello de la botella había una etiqueta de papel con la palabra «BÉBEME» hermosamente impresa en grandes letras.

Estaba muy bien eso de decir «BÉBEME», pero la pequeña Alicia era prudente y no iba a beber *aquello* tan deprisa. «No, primero miraré», se dijo, «para ver si lleva o no la indicación de *veneno*». Porque Alicia había leído varios cuento preciosos de niños que se habían quemado, o habían



sido devorados por bestias feroces, u otras cosas desagradables, sólo porque no habían recordado las simples normas que sus amigos les habían enseñado: como que un hierro al rojo te quemará si lo sostienes mucho tiempo, o si te cortas muy profundo en un dedo con un cuchillo, normalmente sangra. Y Alicia olvidó nunca que si bebes mucho de una botella que lleva la inscripción *veneno*, más pronto o más tarde, acabará haciéndote daño.

Sin embargo, esta botella no llevaba la inscripción *veneno*, así que Alicia se aventuró a probar el contenido, y, encontrándolo muy bueno (tenía, de hecho, una mezcla de sabores a tarta de cerezas, almíbar, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla), se lo terminó enseguida.

—¡Qué extraña sensación! —dijo Alicia—. Debo estar encogiéndome como un telescopio.

Y así era, de hecho: ahora sólo medía 10 pulgadas de alto, y su cara se iluminó de alegría al pensar que tenía ahora el tamaño adecuado para pasar por la puerta pequeña y meterse en el hermoso jardín. Primero, sin embargo, esperó unos minutos para ver si encogía todavía más de tamaño, lo cual la hizo sentirse un poco nerviosa. «Esto podría ser el

fin —se dijo a sí misma—. No vaya a consumirme del todo, como una vela. ¿Y qué sería de mí entonces?».

Y trató de imaginar qué ocurría con la llama de una vela cuando la vela estaba apagada, pues no podía recordar haber visto nunca algo así.

Después de un rato, viendo que no sucedía nada más, decidió entrar en seguida al jardín. Pero, ¡ay, pobre Alicia!, cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que había olvidado la llavecita de oro, y, cuando volvió a la mesa para recogerla, vio que no podía alcanzarla. Podía verla claramente a través del cristal, Así que intentó lo mejor que pudo trepar por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza. Y cuando se cansó de intentarlo, la pobre niña se sentó en el suelo y lloró.

«¡Vamos! ¡De nada sirve llorar de esta manera!», se dijo Alicia a sí misma, con bastante firmeza. «¡Te aconsejo que dejes de llorar ahora mismo!». Ella se daba, por lo general, muy buenos consejos a sí misma (aunque rara vez los seguía), y algunas veces se reñía con tanta dureza que se le saltaban las lágrimas. Se acordaba incluso de haber intentado una vez tirarse de las orejas por haberse hecho trampas en un partido de croquet² que jugaba contra ella misma, pues a esta curiosa niña le gustaba mucho comportarse como si

² El croquet puede ser un juego o un deporte de competición, que consiste en golpear bolas de madera o plástico con un mazo, a través de aros enterrados en el campo de juego.

En su origen el croquet era un juego, al que jugaba generalmente la nobleza del Languedoc, alrededor de los siglos XII y XIII. Pero, tal y como se conoce hoy en día, el juego moderno fue inventado en Irlanda en la década de 1830, siendo un pariente lejano del golf; y dos décadas después fue llevado a Inglaterra como un pasatiempo para la aristocracia. En la década de 1870, el juego había llegado a las colonias inglesas. (*Nota del T.*)

fuera dos personas a la vez. «¡Pero de nada me serviría ahora comportarme como si fuera dos personas!» —pensó la pobre Alicia—. ¡Porque ya es para mí bastante difícil ser una sola persona como Dios manda!».

Muy pronto, su mirada se dirigió hacia una cajita de cristal que estaba debajo de la mesa. La abrió y encontró dentro un pastel muy pequeño, en que se leía la palabra «CÓMEME», deliciosamente escrita con grosella. «Bueno, me lo comeré», se dijo Alicia, «y si me hace crecer, podré coger la llave, y, si me hace todavía más pequeña, podré deslizarme bajo la puerta. De un modo u otro, entraré en el jardín, y eso es lo que importa».

Comió un pedacito y se preguntó muy nerviosa a sí misma: «¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?». Se llevó una mano a la cabeza para sentir hacia donde iba crecer, y se quedó muy sorprendida al advertir que seguía con el mismo tamaño. En realidad, esto es lo que sucede normalmente cuando se come un pedacito de pastel, pero Alicia estaba ya tan acostumbrada a que todo lo que le sucedía fuera extraordinario, que le pareció muy aburrido y muy tonto que la vida siguiese de forma ordinaria y común.

Por lo tanto, pasó a la acción, y muy pronto se terminó el pastelito.

